

CONSERVACION UNIFICADA DEL MEXICO ANTIGUO

*L*os conquistadores destruyeron la arquitectura del México Antiguo... quemaron los códices del conocimiento calendárico..., al mismo tiempo transcribieron lo que vieron y oyeron sobre el orden arquitectónico y cosmogónico indígena.

Sobre lo destruido se formaron nuevas estructuras urbanas y cosmogónicas que unificaron a las dos historias. Las ciudades novohispanas se construyeron de acuerdo a la vieja red urbana, con el centro religioso, político y comercial en el mismo espacio sagrado de los mexicas.



HUEHUENCHES
Fotografía: Octavio Hernández Espejo



Y así tenían estos yndios cuatro vocablos para diferenciar sus edades, el primero era Pitzintliques como nosotros decimos puericia: el segundo era Tlamacazqui, que quiere decir tanto, como juventud: el tercero era Tlapalihqui, que quiere decir ya la edad madura y perfecta, y Huehuetiquique que quiere decir la vejez.

Fray Diego Durán

LA CONSERVACION DEL MEXICO ANTIGUO 1521 a 1980 d.C.

Los antiguos templos mexicanos estaban integrados al cosmos, mientras que las iglesias españolas funcionaban con su universo interior. Estas dos formas de concebir el espacio sagrado, se fusionaron en los atrios de algunos monasterios, en los que se colocaron cuatro capillas pozas y una abierta.

Las cuatro capillas pozas representan al viejo esquema cósmico tolteca, basado en los cuatro rumbos del Universo, cuyas deidades son recubiertas por la imagen de cuatro santos patronos. Por su parte, la capilla abierta, a la manera de los teatros griegos, articula los rituales anuales al movimiento del cosmos.

El único palacio del México Antiguo que sobrevivió al transformarlo los españoles en claustro, fue el de Mitla, debido a que la cruz, símbolo que era empleado por las culturas prehispánicas para representar el movimiento de Venus-Quetzalcoatl, se ajustaba a la simbología cristiana.

La unión del Viejo y del Nuevo Mundo, está plasmada en la estructura urbana novohispana del siglo XVI; en el siglo XVII, se inscribe en la poesía que lleva a los dioses mexicanos a filosofar al Olimpo. En estos poéticos años manieristas, algunos intelectuales criollos equipararon las filosofías de Cristo y Quetzalcoatl.



FIESTA EN COATEPEHUATL, PUEBLA
Fotografía: Pilar González Terley



Desde el siglo XVI, la Corona española se adjudicó la propiedad de todos los restos arqueológicos de sus colonias, restos que en el barroco novohispano, en el maravilloso siglo XVIII, se convierten en soporte fundamental del espíritu independentista. La existencia en el territorio de la Nueva España de todo un mundo de civilizaciones monumentales, construidas sin la tutela de los imperios occidentales, demostraba la posibilidad de autodeterminación y la libertad de los indios.

Para apoyar esta tesis se realizan investigaciones que permiten equiparar a las antiguas civilizaciones mexicanas con las europeas, utilizando para este fin la vieja idea aristotélica según la cual toda civilización, como todo lo que se transforma en el tiempo, pasa por un movimiento dialéctico que recorre tres fases equiparables con las tres edades de los humanos: infancia, juventud y madurez. En la decadencia de la tercera edad, se establece el vínculo con un ciclo nuevo, que inicia su camino trinitario incluyendo el peso y la inercia de su antecesor.

Con esta escala de referencia —dialéctica trinitaria—, se analiza el movimiento inscrito en las fuentes históricas del México Antiguo y se encuentra que, efectivamente, desde esta óptica se podría afirmar que los pueblos indígenas habían transitado por el curso de las tres etapas de la historia universal que son, en secuencia: la divina, la heroica y la humana. Estas representan tres formas de gobierno de las sociedades: la teocracia, la aristocracia y la democracia.

Al final del siglo XVIII, el viento urbano se vuelve neoclásico, en parte debido a la Academia de las tres nobles artes de San Carlos y a las Reformas Borbónicas. En estos ilustrísimos años, al remozar la Plaza Mayor aparecieron dos enormes piedras. Una representaba a la dualidad serpentina con cuatro manos en el pecho, la terrible Coatlicue, y la otra, que estaba rodeada por dos serpientes emplumadas, simbolizaba la leyenda de los cuatro soles destruidos sucesivamente hasta dar origen al quinto sol de los mexicas. La Coatlicue, por el horror que causaba, fue

cuidadosamente enterrada y la piedra calendárica con los nombres de los días y los ciclos cosmogónicos fue colocada a la vista de todos, en la torre poniente de la catedral metropolitana en el año de 1790, fecha en que se inició el renacimiento de las viejas deidades mexicanas.

A principios del siglo XIX el espíritu independentista identifica a Quetzalcoatl con Santo Tomás, el apóstol perdido; en el mundo occidental, Francia invade a España y se



HUEHUENCHES
Fotografía: Octavio Hernández Espejo

abre la puerta grande de la rebelión que se convoca en la Nueva España con una campana y la virgen mestiza de estandarte, en el otoño de 1810.

Una vez consumada la Independencia, el águila en eterna lucha con la serpiente se convierte en el emblema de la República Mexicana sobre un fondo tricolor.

Resuelta la pugna entre el Imperio y la Colonia, en 1821, la dialéctica se desplaza hacia el par: liberales y conservadores; ambos extremos políticos se alternaron el poder tanto en la con-





HUEHUENCHES
Fotografía: Octavio Hernández Espejo

ducción de la nación como en la dirección de la conservación de los materiales arqueológicos. La primera institución encargada del tesoro arqueológico e histórico fue el Museo Nacional Mexicano fundado en 1825.

En estos tiempos de arquitectura republicana la filosofía dominante en Occidente era idealista; la Escuela Hegeliana estaba interesada en rescatar el espíritu de los pueblos, los cuales se suponía, como todas las cosas vivas, transitaban por tres fases que recorrían sucesivamente todas las civilizaciones del mundo.

En la primera fase se adoran las fuerzas de la naturaleza; en la segunda se reconoce el espíritu divino de la generalidad y la abstracción; y en la tercera se presenta la decadencia cuando las explicaciones pierden validez a los ojos de todos; se forma entonces la nueva concepción del Universo.

La idea aparece madura y finalmente llega a la vejez, cuyo final es la decadencia, momento en que aparece el nuevo espíritu que se opone al antiguo y lo destruye, iniciando ahí su camino trinitario diferente del anterior porque el nuevo incluye toda la experiencia histórica.

Por su parte los científicos de la República Mexicana dividen en tres épocas la historia nacional que corresponden con tres Méxicos, el prehispánico, el colonial y el moderno.

LA INSPECCION DE MONUMENTOS ARQUEOLOGICOS

En esos tiempos modernos, exactamente siete fuegos después de la destrucción de Tenochtitlan, en el otoño de 1855, el Ejecutivo Federal creó la primera institución encargada de la inspección y conservación de los monumentos arqueológicos de la República, al tiempo que se declaran bienes nacionales los restos materiales del México Antiguo. El decreto de creación se discute en la Cámara de Representantes y se legislan los principios jurídicos encaminados a la protección de ese patrimonio.

La arqueología de Estado inicia desde entonces la conservación orde-

nada de los monumentos arqueológicos, centrando su atención en los más evidentes, esto es, en los lugares donde aún se veía parte de los edificios o bien sobre los montículos de mayores dimensiones.

Reconocer y proteger los grandes templos y palacios debajo de la capa vegetal, que los hace aparecer como "cerritos", fue el primer gran paso en su conservación. Por otro lado, al darle importancia sólo al monumento aislado, se propició la destrucción de otros de menores dimensiones, sobre los que se construyeron los caminos, campamentos y hoteles, además de que los monumentales excedentes de las excavaciones se depositan sobre otras construcciones antiguas, desfigurándolas aún más.

El gran trabajo de la primera inspección fue llamar la atención —deslumbrada por Occidente— hacia formas arquitectónicas muy distintas, con proporciones y decoraciones incomprensibles a los ojos de las mayorías; esto hizo necesario que las primeras técnicas de conservación de monumentos fueran las de la reconstrucción. El principal defecto de estos trabajos es que falsificaban visualmente la ruina, ya que para poder reconstruir un edificio siguiendo el paño original debe quitarse previamente todo el material desplomado, en desequilibrio con la gravedad. Esto despojaba a la ruina precisamente de su pátina, haciéndola aparecer toda como recién construida.

La primera inspección de monumentos arqueológicos estuvo dirigida por don Leopoldo Batres, quien inició el resurgimiento del orden monumental mexicano. La inspección trabajó en todo el territorio, desde el delicado Palacio de las Grecas en Mitla, dedicado al gemelo precioso, hasta la gigantesca Pirámide del Sol de Teotihuacan, reinaugurada esta última por el Presidente de la República el 15 de septiembre de 1910, para conmemorar el primer centenario de la Independencia.

Uno de los trabajos más destacados de estos tiempos fue realizado en torno al Templo Mayor de México-Tenochtitlan, en el Zócalo, ya que la inspección previó la localización del





FIESTA EN COCTEPEHUATL, PUEBLA
Fotografía: Pilar González Tetley

templo, y su forma precisa, antes de que una obra pública moderna fuera realizada en esa área.

Aunque se supuso que el Templo Mayor estaba bajo la catedral, se pudieron rescatar ofrendas muy valiosas, esculturas, esqueletos, braceros, unas escaleras y un bellissimo altar decorado con cráneos y huesos que contenía en su interior "entierros de siglos", que son representaciones en piedra de atados de 52 años, con una fecha calendárica y que se enterraban al término de cada ciclo. Por otra parte, estos primeros reestructuradores experimentaron con técnicas que tuvieron efectos desastrosos, como la utilización de pólvora para acelerar las excavaciones.

Desde su formación, la arqueología de Estado se encuentra articulada con la promoción internacional de México; en Xochicalco, frente a la recién reconstruida pirámide de la serpiente emplumada se construye un hotel de madera de estilo francés, para alojar al Congreso Internacional de Americanistas. Todo esto con el objeto de despertar el interés de la

comunidad internacional en el estudio del México Prehispánico.

El mayor interés del espíritu arqueológico decimonónico, se centra en torno a la búsqueda de los vestigios de la civilización tolteca, ya que la mayoría de las fuentes históricas los mencionaba como a los maravillosos artifices de la antigüedad, antecesores del mundo nahuatl que conocieron los españoles. Y sobre todo se trataba de ubicar a la Tula, la capital más importante de los toltecas, que se encontraba, según las fuentes, en la zona arqueológica al norte de la actual ciudad de Tula, Hidalgo, aunque la mayoría de los investigadores la ubican en Teotihuacan, en el Estado de México. Al mismo tiempo, en las fuentes míticas se identifican dos formas distintas de ordenar el panteón sagrado; la más antigua se basa en los cuatro dioses de los cuatro rumbos del mundo, y en otra parte de las fuentes la deidad suprema es la dualidad Quetzalcoatl o Kukulcán, la serpiente de cascabel emplumada igual a la que se encuentra decorando el templo de

Xochicalco, fechado desde entonces alrededor del siglo VII d.C.

Se reconoce desde estos años la estructura piramidal del programa arquitectónico, así como la intención de orientar los monumentos en relación con puntos extremos del movimiento cósmico y el paisaje.

La doctrina política en boga era el positivismo que intentaba convertirse en religión universal. Su principal precepto estaba basado en la ley de los tres estados; esta ley marcaba un orden sucesivo en las interpretaciones del Universo que había pasado sucesivamente por los tres estados: religioso, metafísico y positivista.

LA DIRECCION DE ANTROPOLOGIA

En 1910 se inicia un periodo revolucionario que cambió el paisaje imperial francés por el "Art-Deco". Al mismo tiempo la decimonónica inspección de monumentos arqueológicos e históricos es absorbida por la nueva Dirección de Antropología a cargo del doctor Manuel Gamio, quien encauza la investigación, tanto en los estudios arqueológicos como antropológicos, hacia la población indígena con la intención de articularla a la práctica indigenista para buscar los caminos más adecuados con el fin de mejorar los niveles de vida, educación y trabajo de los herederos directos del México Antiguo, sin que éstos perdieran sus tradiciones.

Los proyectos arqueológicos se multiplican; se exploran más de cuarenta centros ceremoniales que están definidos por la existencia de: plataformas, templos, palacios y canchas de juego de pelota. Se observa que generalmente repiten un patrón cuadrangular en plazas sucesivas que guardan orientaciones muy precisas relacionadas con puntos extremos del movimiento cósmico; también se encuentran centros ceremoniales sin orden ninguno y, en la región de Michoacán, se identifica otra geometría constructiva totalmente diferente, que consiste en un solo edificio de planta circular y rectangular que se repite en series de tres y cinco. Se



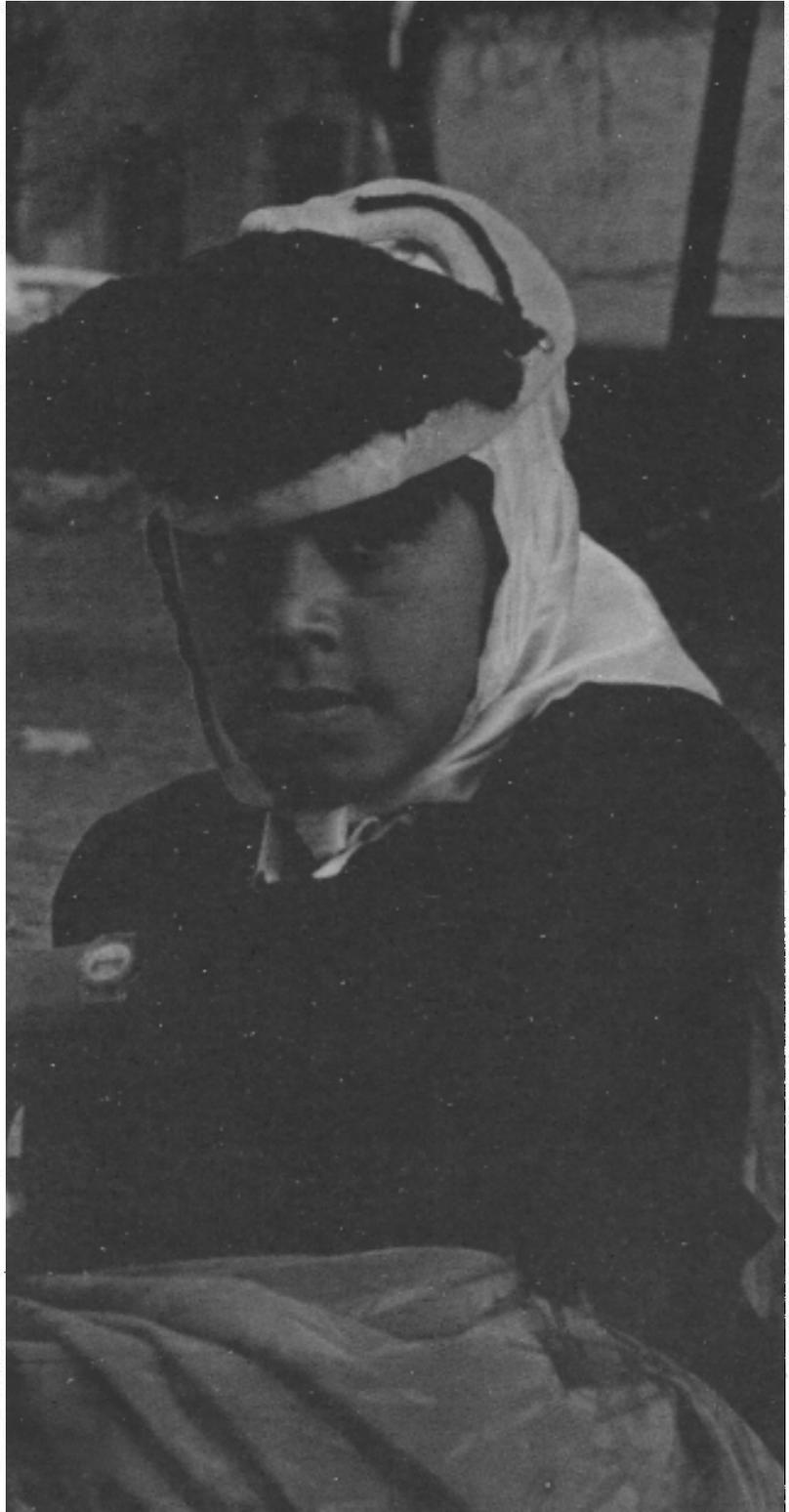
reconocen también los edificios dobles que se señalan como los típicos del último momento prehispánico, el azteca, y se encuentra un basamento circular muy antiguo en Cuicuilco.

Las distribuciones cronológicas de los centros ceremoniales y las culturas asociadas, se realizan desde una técnica desarrollada por los geólogos. Estas técnicas aplicadas arqueológicamente por Manuel Gamio, fueron la estratigrafía horizontal y la vertical, experimentando con ellas, combinando los estudios de superficie y excavación. Gamio encuentra tres culturas en el Valle de México que se suceden en el tiempo y que son la Arcaica o de los Cerros, la del Valle y la del Lago.

Por su parte el arquitecto Ignacio Marquina realiza un estudio comparativo de los monumentos arqueológicos con base en la magnífica cartografía existente en aquel entonces, y propone una secuencia cultural evolutiva que se origina en la cultura arcaica definida por asentamientos nómadas en cuevas y a campo abierto, caracterizada arqueológicamente por la presencia de fogones, artefactos neolíticos, instrumentos cerámicos y cabecitas de barro. A partir de esta matriz, según el arquitecto Marquina, aparecieron las culturas nahuatl y olmeca, pueblos que iniciaron la tradición de construir obras arquitectónicas monumentales. Según Marquina, estas dos culturas dieron origen a la civilización tolteca, la cual engendró a su vez dos culturas, la azteca y la maya. Fuera de esta secuencia se identifica a la cultura purépecha.

En este mismo estudio se observan dos variantes principales en cuanto a la decoración asociada a los monumentos: una, de carácter mítico, representada principalmente por serpientes de cascabel emplumadas, caras de jaguar, dragones y demás animales fantásticos; y la otra geométrica, en especial la greca dual espiral-escalonada.

La técnica de conservación dominante continuó siendo la reconstrucción, pero ahora eliminando los excesos más notorios de la época



HUEHUENCHES
Fotografía: Octavio Hernández Espejo





HUEHUENCHES

Fotografía: Octavio Hernández Espejo

pasada —como el uso de la pólvora, y el entremezclamiento indiscriminado de lo antiguo y lo nuevo—, y señalando la diferencia entre el original y los agregados, lo cual desafortunadamente sigue falsificando visualmente el conjunto de la obra. Por otra parte, en Teotihuacan, en el Templo de Quetzalcoatl, se aplica por primera vez en el Nuevo Mundo la técnica de la anastilosis cuyos resultados permiten reponer cada piedra a su lugar preciso, rearmando un rompecabezas arquitectónico con un alto grado de seguridad; esta intervención respeta adicionalmente el movimiento ondulado producido por el tiempo en partes de la escalera.

En 1930 se firmó la primera Carta Internacional del Restauero en Atenas, en la que se plantea como una de las recomendaciones más importantes tomar en consideración que el conocimiento de los monumentos va en relación directa con la conservación de éstos, puesto que la ubicación cronológica y cultural precisa de cada monumento permite a todos percatarse de su valor histórico.

EL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA

En 1937, un fuego nuevo después de la inauguración de la Inspección de Monumentos Arqueológicos, se funda la Sociedad Mexicana de Antropología e Historia, y dos años después, en 1939, se creó el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Se unieron para ese fin los museos mexicanos de historia, la Inspección de Monumentos Arqueológicos, Históricos y Artísticos así como la Dirección de Antropología. En torno a estas dos fechas antropológicas es importante la discusión que se daba en la academia en relación a la civilización tolteca. Durante más de un siglo, la búsqueda de los toltecas había obsesionado a todos los arqueólogos. Las fuentes históricas señalaban a estas ciudades perdidas como las más bellas y espléndidas, que habían sido construidas siguiendo el orden de los rumbos del cosmos; sus palacios tenían cuatro cuartos,

cada uno decorado con plata, oro, jade y plumas, respectivamente. En esa maravillosa urbe se decía que había vivido Tlahuistlanpantecutli, la culebra emplumada, Quetzalcoatl, el dios hecho hombre en la tierra. Había otras fuentes que decían que habían aparecido Quetzalcoatl y Kukulcán por todas partes, de Tula a Chichén-Itzá, y a lo largo de casi todo el tiempo, a partir del siglo VII d.C.

Por este interés tradicional es que la primera mesa redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología tiene como tema central la identificación de la Tula,* la capital imperial de los toltecas. Desde antes de la reunión, la Sociedad se dividió en dos bandos, encabezados por el profesor Enrique Juan Palacios y el licenciado Alfonso Caso: el primero planteaba que la magnífica y monumental ciudad de Teotihuacan, la más grande de todas las ruinas, debía ser obviamente la capital tolteca. Por su parte, el segundo grupo la identificaba en el estado de Hidalgo, basándose en las descripciones geográficas de la historia tolteca, que decían que la ciudad se había levantado junto al cerro Jicuco que está al norte de la zona arqueológica de Tula. Este segundo grupo convence a la mayoría y la primera gran temporada arqueológica del INAH se realiza en este lugar en el que se encuentran unas ruinas decoradas con unas serpientes emplumadas. En Tula se reconstruyen varios templos, un juego de pelota y un palacio, y de ahí se inicia un peregrinaje tanto del Departamento de Monumentos Prehispánicos como de la Sociedad Mexicana de Antropología, que recorren todo el territorio que el doctor Paul Kirchhoff definió por estos años como Mesoamérica, basándose para este límite cultural en las fuentes etnohistóricas y estudios etnográficos. Los arqueólogos reconstruyen todo un mundo de ruinas repartidas por las cinco regiones mesoamericanas: la zona maya, el Golfo, Oaxaca, el Altiplano central y el Occidente. La epigrafía divide a

*Los toltecas denominaban a sus asentamientos como "tulas", a diferencia de los occidentales que les llamaron "ciudades".



zona ceremonial —compuesta de plataformas, templos, juegos de pelota y palacios— rodeada de unidades habitacionales concentradas o dispersas de diferentes tamaños. Se reconocen trazos urbanos, barrios, avenidas y caminos. Nuevamente se identifica en cuatro regiones mesoamericanas un patrón de patios cuadrangulares sucesivos, a excepción del Occidente, donde sólo existe un tipo de edificio de planta mixta circular rectangular.



HUEHUENCHES
Fotografía: Octavio Hernández Espejo

este espacio en tres tiempos: preclásico, clásico y postclásico. El clásico es definido en torno a los dos extremos conocidos del calendario maya, alrededor del baktum 9, entre 300 y 900 d.C. En todas partes se encuentran evidencias materiales de que las antiguas culturas participan de un panamesoamericanismo, es decir que comparten territorio e historia.

El concepto de centro ceremonial es superado por el de ciudad arqueológica, que está integrada por una

Se realizan mapas detallados de asentamientos por toda Mesoamérica, de Tikal a Tula y de Teotihuacan a Monte Albán. Al mismo tiempo, se intensifican los estudios de las unidades habitacionales y de los sitios menores.

Se definen los componentes constructivos esenciales de toda Mesoamérica que son los basamentos sobre los que se colocan los accesos, los muros y las techumbres.

Para los reconstructores el interés

central era construir una historia cultural mexicana, combinando el estudio de las fuentes históricas y los materiales arqueológicos. En términos generales la secuencia de esta historia se inicia con la cultura olmeca que tenía plazas cuadrangulares y una expresión escultórica monumental dedicada a cuatro dioses principales e infinidad de deidades menores con numerosas combinaciones. Por otra parte, la definición precisa y la extensión de lo olmeca se



encuentra siempre en discusión, así como la relación entre esta cultura preclásica y las culturas del clásico que tienen sus principales capitales en Monte Albán, Teotihuacan, Tikal y Palenque, al final de las cuales se inicia el mayor de los enigmas: la caída del clásico. Para la resolución de esta problemática se invocan desastres naturales o sociales, después de la hecatombe de Teotihuacan y el viejo imperio maya se inicia otro problema con la nueva deidad dual Quetzalcoatl o Kukulcán, cuyo origen se sitúa tanto en la Tula de Hidalgo como en la de Chichén-Itzá, Yucatán, y se proponen influencias de uno hacia otro lado. El mundo tolteca se sume en la tiniebla al abandonarse y destruirse las tulas llenas de serpientes y guerreros con mariposas en el pecho; aquí se inicia el periodo plenamente histórico cuando se construyen los edificios redondos de Ehcal-Quetzalcoatl y los templos duales con doble escalina. Al final, los aztecas se identificaron a sí mismos como herederos de los cuatro soles que habían dominado en estas tierras y se erigen en el pueblo del quinto sol, dueño de la antigüedad y el futuro.

El estudio de los códices establece en general dos conjuntos míticos. El más viejo es el tolteca, el de los cuatro rumbos, y el más reciente, es el de la dualidad representada por Quetzalcoatl, del cual se harán herederos casi todos los pueblos de la llamada Mesoamérica. Esta deidad dual estableció el ritual del fuego nuevo que se celebra cada cuenta cíclica de 52 años, representada por cuatro símbolos: *caña, pedernal, casa y conejo*,

que se multiplican con trece numerales formando cuatro trecenas. El ritual se inicia al atardecer, destruyendo todo lo que tuvo contacto con el viejo fuego al cual finalmente apagan para que de las tinieblas aparezca la señal en el cielo que transmite el fuego nuevo, que a su vez caminará por cuatro veces trece atados de cañas antes de morir... todo muere y renace.

Entre 1940 y 1980 se dio una alternancia en la forma de estudiar y de conservar los monumentos arqueológicos. Primero dominó la reconstrucción y el interés por construir una historia cultural que fue reemplazada paulatinamente por la restauración y la historia procesual.

La restauración es una técnica que consolida la ruina tal y como la encuentra sin agregar ninguna piedra, a menos que pueda realizarse una anastilosis piedra por piedra. Estos trabajos mantienen vivo el encanto de las ruinas. Aunque por otra parte, el no agregar absolutamente nada, lleva en ocasiones a imposibilitar la comprensión de su forma a la mayor parte de los visitantes, que sólo ven despojos sin orden. La pugna entre estas dos tendencias en la conservación de monumentos arqueológicos, llevó a afinar los trabajos de ambos lados, aunque también radicalizó sus trabajos. La reconstrucción y la restauración tienen hoy día su mayor expresión en el espacio sagrado de Teotihuacan.

Dos teorías en boga en la segunda mitad de este periodo, entre 1960-1980, y con centros en dos extremos del mundo se enfrentan para explicar la historia arqueológica mexicana.

La teoría cibernética occidental recupera series culturales desde una sofisticada sistemática que divide el tiempo en bandas, tribus, cacicazgos y Estados y que enfoca el estudio de las conexiones entre periodos a la relación hombre-naturaleza, dándole la dominancia en la evolución a la naturaleza. A partir de entonces cobran importancia los estudios ecológicos de épocas pasadas relacionados con la historia humana.

En contraparte, la teoría estructuralista plantea la necesidad de reconocer esa relación hombre-naturaleza, pero advierte que también deben estudiarse las relaciones contradictorias entre los individuos, dándole precisamente a la lucha de clases la determinancia en la evolución, y por esto, se dedican a estudiar la transición entre sociedades igualitarias y estratificadas.

Además de estas dos tendencias mayores también se realizan trabajos analíticos, empíricos y evolucionistas. Siguiendo esta última línea el doctor Román Piña Chan divide al México prehispánico en cuatro etapas sucesivas que son: 1) Grupos nómadas; 2) Comunidades sedentarias; 3) Pueblos y Estados teocráticos; 4) Pueblos y Estados militaristas.

La comunidad arqueológica define la metodología de patrón de asentamiento como el mínimo necesario de información que debe obtener cualquier investigación moderna siempre y cuando las condiciones del momento lo permitan.

Las técnicas de patrón de asentamiento implican reconocimientos de superficie sobre nichos ecológicos definidos con cartografía y fotografía



FIESTA EN COCTEAPENHUATL, PUEBLA
Fotografía: Pilar González Teiley



aérea, de tal manera que su definición permita recuperar unidades arqueológicas completas para estudiar las formas y las transformaciones de los artefactos recolectados y mapeados. Para esto debe señalarse cartográficamente el orden de distribución de las diferentes formas, dimensiones y complejidades de los asentamientos en el espacio y separados en el tiempo de acuerdo con estudios cerámicos verticales y horizontales; la problemática definida con base en estos trabajos arqueológicos de superficie se comprueba con excavaciones extensivas. Este esquema se aplica generalmente a todos los trabajos arqueológicos de rescate que se realizan en torno a las grandes obras públicas y privadas.

El renacimiento paulatino del México Antiguo ha estado relacionado desde siempre con el Poder Ejecutivo: la genealogía presidencial se ha ido inscribiendo también en las ruinas mexicanas: Mitla, Tzintzuntzan, Teotihuacan, Cholula, Ichcateopan y el Templo Mayor son parte importante de la historia mexicana del siglo XX.

El periodo de 1940 a 1980 se inició con el descubrimiento de los atlantes de Tula seguido por el hallazgo de la tumba de Palenque, la ofrenda de Zapotla, y terminó con la aparición de la Coyolxauqui.

En otro campo del conocimiento, en el de la historia de México, se dividió la Revolución Mexicana en tres etapas: la primera es la de la destrucción de 1910 a 1920; la segunda es la de las reformas de 1920 a 1940 y la tercera es la de la modernización e institucionalización del Estado de 1940 a 1980.

Para 1980 el INAH alcanzó las dimensiones cuantitativas de un Estado neolítico, que tenía bajo su responsabilidad más de 100 zonas arqueológicas abiertas al público, enfrentando cientos de excavaciones de rescate y teniendo adicionalmente que vigilar miles de asentamientos arqueológicos repartidos por toda la República.

Todos estos centros ceremoniales y monumentos abiertos al público formaban también una enorme torre

de babel incomprensible en conjunto hasta para algunos de los profesionales que continuaban tirando sus enormes excedentes de excavación sobre y dentro de los propios centros ceremoniales.

La oscilación entre la reconstrucción y la restauración, distorsiona adicionalmente la vista sobre lo general y lo particular del México Antiguo, ya que en la mayoría de las principales zonas arqueológicas han pasado las dos tendencias, e incluso un solo edificio puede estar reconstruido por una parte y restaurado por la otra. El enfrentamiento histórico entre los dos extremos está inscrito en las zonas arqueológicas.

1980 es un año de transición en las dimensiones de la conservación en México. De proteger monumentos aislados se llega a conceptos jurídicos como el de centro histórico, que permiten conservar estructuralmente conjuntos urbanos de las herencias del Virreinato y la República. Ocho años después, el Centro Histórico de la Ciudad de México es declarado patrimonio universal junto con el de Puebla y las zonas arqueológicas de Teotihuacan y Palenque. Al mismo tiempo, se inicia la catalogación detallada de todos los centros históricos y arqueológicos del país.

En 1980 se hizo evidente también una transición en el horizonte de la mayoría de las capitales de Estado en el mundo, que se caracteriza ahora por un paisaje urbano parabólico y computarizado. La ciudad de México se convierte en el asentamiento humano más grande del mundo, cuando el postmodernismo empieza a apoderarse de las ciudades con una



MUEHUENCHES

Fotografía: Octavio Hernández Espejo

explosión de geometrías constructivas y materias primas que hacen que sus obras sean al mismo tiempo primitivas, sencillas, generales y sintéticas, en una expresión plástica que incluye la historia entera y la conservación de la naturaleza, que coincide con la expansión de la teoría general de la relatividad que se formó al principio de siglo cuando aparecieron los pintores modernistas. Gracias a esto hoy día se logra una precisión cronogeométrica en la recuperación gráfica del movimiento que desintegra a la realidad y la reconstruye en abstracciones que producen una explosión en el conocimiento ordenado y computado.



Observemos, además, que si razonamos en cuatro dimensiones añadiendo la dimensión de tiempo a las cuatro dimensiones espaciales, una recta del espacio recorrida a velocidad constante no es otra cosa, desde el punto de vista matemático, que el análogo cuatridimensional de una línea recta, así los cuerpos libres describen las curvas más simples posibles de un cierto espacio matemático cuatridimensional llamado *espaciotiempo*.

Thiabu Damour

LA CONSERVACION UNIFICADA DEL MEXICO ANTIGUO 1980 - 1988 d.C.

A partir del análisis histórico de las prácticas arqueológicas de Estado de 1885 a 1980, realizados desde diversas líneas de investigación sintetizadas en lo esencial hasta este punto, se decidió establecer una escala arqueológica de referencia, de carácter dual, que permitiera investigar y conservar partiendo desde las necesidades históricas de los materiales arqueológicos. Esto se decidió también con el fin de unificar el trabajo realizado hasta entonces por las instituciones mexicanas y extranjeras.

Estas escalas de referencia debían señalar, por una parte, cuál es el mínimo de unidades arqueológicas que se deben conservar para asegurar a plazo muy largo el conocimiento integral del movimiento espaciotemporal de la estructura urbana mexicana desde 1000 a.C. hasta 1521 d.C. y, por la otra, el establecimiento de una serie de normas que permitan conservar unificadamente todas las transformaciones materiales naturales y artificiales que han sufrido las ruinas mexicanas desde que fueron construidas hasta 1980, incluyendo los trabajos antagónicos de reconstrucción y restauración.

Para estudiar todas las partes que conforman la herencia material, se parte del concepto arqueológico de estructura urbana que define a un conjunto de asentamientos humanos construidos con el mismo diseño, el cual se repetirá en esencia en todas sus partes y en el todo, en lo general y en lo particular, con diferencias en volumen y complejidad; las variantes, al menos cuatro, se distribuyen en forma de red en torno a los asentamientos de mayores dimensiones. Esta estructura espacial tiene por tanto un carácter molecular.

Esta definición se aplica en lo general a todos los territorios de la

tierra y a todos los tiempos, de tal manera que para el territorio del México Antiguo utilizaremos el equivalente de señorío.

La unidad constructiva básica de un señorío arqueológico es un artefacto que tiene cuatro componentes colocados por agregación en una secuencia lineal y sostenidos por su propio peso que son basamento, accesos, muros y techumbre.

Este artefacto se contruía a partir de diferentes geometrías, dimensiones y complejidades para formar casas, palacios y templos. Las capitales de señoríos tenían adicionalmente unas barreras arquitectónicas que delimitaban el espacio sagrado al que generalmente se entraba a través de una cancha de juego de pelota.

Todas estas construcciones tenían cuatro componentes esenciales: la parte interior o relleno hecha de simples materiales de construcción a los cuales no se les agregaba más trabajo que el necesario para transportarlo; ese volumen era posteriormente forrado por un recubrimiento que tenía piedra careada hacia la parte aparente, que a su vez era cubierta primero con estuco y luego con alguna decoración.

La desintegración de basamentos, accesos, muros y techumbres así como de relleno, recubrimiento, estuco y decoración tienen cuatro grados de desintegración que dividen al territorio del México Antiguo en cuatro. En el área norte sólo quedan restos de los rellenos de los basamentos; en el sur se encuentran restos de los recubrimientos de los basamentos y accesos; en el occidente todo lo anterior más restos de muros y estucos y en el oriente incluso techumbres y restos de decoración.

Estos artefactos arquitectónicos una vez construidos, fueron ampliados, modificados o recubiertos hasta que se destruyeron o fueron abandonados, quedando a merced del clima y del trabajo humano que las fue cubriendo paulatinamente de una capa vegetal o urbana hasta que finalmente algunos fueron reconstruidos y restaurados.

La conservación unificada, implica recobrar estas cuatro modificaciones



de las ruinas. En primer lugar es necesario que se vea una porción original con sus dimensiones y componentes constructivos; en segundo lugar debe consolidarse la huella de la destrucción con todos sus desplomados siguiendo las pautas de la técnica restauracionista con el mínimo de cementantes; en tercer lugar deben restituirse los volúmenes faltantes hasta darle estabilidad estructural a cada ruina siguiendo para esto las pautas de la técnica reconstructiva, sólo que los agregados se harán remetidos de las líneas de desplome, e incluso del paño original, para que todo el volumen restituido sea producto de una anastilosis general y sea visible así volumétricamente. Esta restitución volumétrica debe depositarse casi sin cementante para que, dado el caso, este material sea retirado con el mínimo de esfuerzo y tiempo, simplemente con el necesario para mover materiales de construcción. Con el tiempo este volumen se recubre con una delgada capa vegetal que amarra e invisibiliza la reconstrucción. En cuarto lugar debe apreciarse también en parte el tiempo durante el cual la corteza natural cubrió a las ruinas con su manto.

Todo trabajo de liberación arqueológica, en el interior de un espacio sagrado, produce una cantidad impresionante de sobrantes, principalmente materiales de construcción, los que generalmente son tirados como basura.

Esta basura es en realidad parte del patrimonio arqueológico; y una alternativa para usar estos desechos, es utilizarlos para remodelar geométricamente los montículos que no tienen forma a la vista de la mayoría.

Así el óptimo de conservación en el caso de los espacios sagrados se lograría cuando una parte de la montaña cósmica estuviera a la vista y la otra geometrizada con una capa de protección hecha con los excedentes de la excavación.

En el caso de que el sitio elegido hubiese sido trabajado previamente por las viejas tendencias antagónicas, seguramente habrá que empezar por retirar o reutilizar la basura arqueo-



FIESTA EN COCTEPEHUATL, PUEBLA
Fotografías: Pilar González Tetley



lógica que esté sobre del espacio sagrado y después equilibrar el trabajo de reconstructores y restauradores siguiendo las indicaciones antes expuestas. Al mismo tiempo deben retirarse las instalaciones turísticas e institucionales que se encuentren en el interior del espacio delimitado por las barreras arquitectónicas.

Los trabajos de conservación deben someterse a inspecciones exhaustivas después de cada temporada de lluvias para analizar los efectos de éstas sobre la estabilidad de las ruinas. Para observar objetivamente su comportamiento, debe utilizarse como base de comparación todo el material gráfico obtenido en años anteriores; de esta manera, la experiencia definirá el óptimo de conservación para cada zona arqueológica.

En las capitales de los señoríos (de las cuales sólo hemos identificado alrededor de cuarenta en ocho años), la acción de conservación más importante es sin duda la limpieza y habilitación de las barreras arquitectónicas que delimitan los espacios sagrados, y que son verdaderos tesoros, debido a la magnitud del trabajo humano invertido en su construcción a tal grado que se transforma el paisaje natural en artificial.

Dibujar, limpiar y restituir el volumen de las kilométricas barreras arquitectónicas daría a las capitales de los señoríos un carácter estructural que permitiría a los visitantes en todo el territorio nacional percatarse de sus formas y de sus límites precisos, así como del orden interior, este último tiene un movimiento cronológico perceptible para el ojo atento. La puesta en valor de estas montañas artificiales ampliará su conservación en dos sentidos, en primer lugar porque de esta manera se defenderían visualmente por sí solas y en segundo lugar, porque el concepto de monumento con todo su peso y experiencia jurídica se aplicaría a la defensa de todo el espacio sagrado como una unidad para la conservación de todo el asentamiento, el concepto integrador sería el de espacio arqueológico.

